

LOS PRECURSORES

La historia ejemplar de un antiguo periodista republicano

RECORDANDO A CARLOS RUBIO

El 17 de Julio de 1871, murió en Madrid Carlos Rubio, que fué uno de los periodistas más populares que ha tenido España. Escritor ejemplar y modelo de abnegación y desinterés, merece que se recuerde su historia en estos días de constante evocación de los mártires de nuestra libertad. Había nacido Carlos Rubio en Córdoba, en Abril de 1831. Venido con su familia a Madrid, empezó la carrera de Derecho, que no llegó a terminar. Su vocación le lanzaba al periodismo, y en «La Iberia», el inolvidable periódico de Sagasta y Calvo Asensio, hizo famosa su firma. Centro de conspiración el periódico aludido, allí estaba a sus anchas Carlos Rubio, hablando de la República con un entusiasmo y una inspiración que conmovían a cuantos le escuchaban. Aunque no era orador, seducía por la sinceridad de sus ardientes palabras. Luego se ponía a escribir, y eran sus artículos una prolongación de lo que había dicho momentos antes. Sus compañeros de redacción le adoraban, sobre todo Sagasta, que, republicano entonces, veía en Carlos Rubio la personificación—el símbolo—de la revolución que preparaban entre todos y tenía que ser como la representaba aquel hombre, todo idealidad y espíritu de sacrificio.

Estaba instalada la redacción de «La Iberia» en la calle de Valverde. Diariamente iba al periódico Carlos Rubio, siempre desaliñado, siempre roto y y casi harapiento. El poco dinero que cobraba empleábalo, después de cubrir sus modestísimas necesidades, en dar limosnas y en socorrer a los pobres. No conocía lo superfluo. Como el ya olvidado Fermín Salvochea, creía que el hombre debía ser hermano del hombre. ¿Para qué

pensar en lujos ni vanidades, habiendo huérfanos y desgraciados? La bondad de su alma no tenía límites, y pudiendo haber sido todo, no quiso ser nada que no debiera a su pluma y su personal esfuerzo. Muchas veces iba a visitarle Prim, con el que marchó al destierro Carlos Rubio, después de un conato de sublevación fácilmente sofocado. Debido a la pluma del periodista fué el manifiesto que dirigió Prim desde Portugal a los españoles. Poco después pasó Carlos Rubio a Londres, donde contrajo matrimonio en 1865.

Sin cesar de conspirar pasó a Francia, con objeto de hallarse próximo a nuestra patria. Poco antes había circulado clandestinamente por Madrid una poesía suya titulada «A unas aves». Esta composición empezaba así:

Aves que vais hacia la patria mía
como van mis suspiros lastimeros:
llevadla el beso que mi amor la envía.

El 22 de Junio de 1866 estalló la sublevación preparada. Carlos Rubio, que había venido a Madrid una semana antes, luchó en una barricada en la plaza de Santo Domingo. Vencidos los nobles revolucionarios, se refugió Carlos Rubio en la Legación de los Estados Unidos. A los pocos días volvió nuevamente a Francia, instalándose en París, donde estuvo hasta septiembre de 1869, en que la revolución triunfante le llamó y trajo a España.

Sagasta quiso premiar los servicios del periodista, y le ofreció un elevado cargo en un Ministerio. Carlos Rubio se negó a aceptarlo. Retirándose a su modestísima—miserable—casa de la calle de la Verónica, siguió tan pobre como siempre había vivido. El periodismo era su única profesión, y continuó dedicado a él, ganando penosamente la vida. En la historia de su época figura constantemente su nombre como el de un héroe de mil anécdotas que pintan su carácter independiente, soñador y despreocupado. Esta historia no está en ningún diccionario enciclopédico, sino en los numerosísimos libros biográficos, autobiográficos e históricos que hay que consultar forzosamente para escribir algo relacionado con aquellos días heroicos de nuestra política y de nuestro periodismo. También está en los diarios de aquellos tiempos, a los que hay que recurrir para buscar la huella de hombres tan extraordinarios como Carlos Rubio, encargado de hacer para «La Iberia» la reseña de las sesiones del Congreso, que él escribía como un maestro.

No faltaba a ninguna sesión, y en la tribuna de la Prensa de aquellos días, tribuna descrita admirablemente por Rodríguez Corea en «La Es-

cuela Moderna»; por Eusebio Blasco en sus «Memorias íntimas», y otros ilustres periodistas, como Roberto Robert, en diversas obras, era Carlos Rubio objeto de constantes bromas que le gastaban sus compañeros por el desaliño y descuido de su indumentaria.

Cansado, al fin, de tanta lucha, de tanto trabajo y de tantas vicisitudes como había sufrido, murió a los cuarenta años de edad. Varios compañeros fieles y algunos admiradores escribieron un manifiesto recordando al Gobierno los méritos del periodista desventurado, y pidiendo al Gobierno protección para su familia. Nadie hizo caso a los amigos de Carlos Rubio, cuyo nombre debe figurar en el libro de oro de la Prensa republicana como el de uno de los periodistas más ilustres que ha tenido España.

«La Iberia» dejó de publicarse poco después. Fueron redactores suyos Sagasta, Calvo Asensio, Balaguer, Lustorio, Ruiz Aguilera, Llano y Perri y Añón y Paz, poeta gallego este último, gran amigo de Carlos Rubio, y muerto en Madrid en el Hospital provincial el 25 de Febrero de 1878. También figuró en la Redacción de «La Iberia» el periodista Ángel Campo Díaz, fallecido en 1872 en abandono tan completo y en una miseria tan absoluta, que no hubo en varios días quien se encargara de su cadáver para darle sepultura, teniendo que hacerlo las autoridades en nombre de la higiene, ya que nadie lo hizo antes en nombre de la caridad y el compañerismo. El caso de este periodista fué tan doloroso, que movió a unos cuantos a pensar seriamente en la constitución de una Sociedad que pusiera a los escritores a cubierto de parecidas miserias. Entonces fué cuando nació en muchos la idea, pronto convertida en realidad, de fundar la Asociación de la Prensa, maternal institución, que siempre responde a lo filantrópico y humanitario de su origen.

Para terminar estos breves apuntes biográficos del gran periodista republicano Carlos Rubio, diremos que instaurada gloriosamente en España la República, Dulcinea mental de aquel noble soñador que tanto luchó por ella, debe haber un recuerdo en estos días triunfales para el antiguo revolucionario, una de cuyas descendientes—una sobrina—vivía hace dos o tres años en un asilo, donde la vimos nosotros en unión de otras viejecitas que se enternecían oyéndola contar la historia de aquel antecesor suyo que «pudiendo haber sido ministro se contentó con seguir siendo un pobre periodista, que no la dejó más herencia a ella, su única heredera, que aquel asilo donde a la sazón se hallaba...»

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ.

Madrid, 28 Septiembre 1932.